

## *Si hiciera sol...*

¿Cuál es el fin de la calma?

Abrí los ojos sobre las siete y media según comprobé después, pero preferí quedarme un rato en los relieves de mi olor en ese momento. La habitación, ese contenedor de muebles que se disponen a mi enfermiza labor de simetría, estaba en una oscuridad densa como el agua estancada de la bahía. Yo, aquel Hilas del fondo del techo (o del ático del suelo, de igual manera), habría dormido unas once horas, y aún esto, mis huesos seguían pidiéndome un espejismo de descanso, que al parecer y según dicen, custodiaba el ambiente que me rodeaba. Le sugerí a aquel cuerpo que era peor quedarse ahí, que la persiana empezaba a susurrar y pronto la casa se iba a despertar.

Apenas recordaba lo que había hecho ayer, en sí se podía imaginar, pero simplemente no importaba en gran medida. Los sonidos no eran muy variados, algunos respiros del perro se oían, y quizá el zumbido de algún aparato del salón, pero nada más. Yo era otro elemento de aquel cuadro de suspiros, y en ese momento, mi nombre importaba tan poco como la hora que fuese. No me interprete mal, claro que sabía mi nombre, pero ¿acaso cambia algo de la descripción eso? Tengo claro que las sílabas que se derraman al pronunciar las letras que me han sido impuestas no son más que otra forma, otro método de cesura para simplificar mis escasos actos. Y ciertamente, tampoco es que me importe mucho, pero en donde vivo se suele dar por hecho lo irrealizable.

Me levanté y abrí la ventana. Noté la poca diferencia que había entre fuera o dentro: mismo calor, misma luz, nubes manchadas custodiando el cielo y un aroma de esos que nadie sabe de dónde viene. No se mostraban muchas personas en la calle todavía, era normal realmente. En febrero, la gente duerme más, suele preferir no observar el día. Yo volví a mirar el salón, y pese a que la leve claridad invadió los territorios de las cosas, no existía gran diferencia con las tinieblas de hacía un rato. La lista de tareas no abarcaba grandes horizontes, así que después de comer lo que se ofrecía al abrir los cajones, fui al baño para despertar la cara.



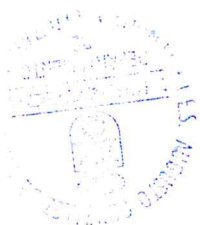
Mi pregunta a estas alturas era la siguiente: ¿Alguna vez se preguntó usted por la rareza del espejo? En cierta manera, los juicios son elaborados en primera forma por los ojos, pero entonces, ¿qué juicio debía de tomar? Quiero decir, la única cosa que replicaba mi rostro en ese momento era una lámina de plata y vidrio. Esa pared sin color, que dibuja una imagen irreal del todo, de la cual solo he obtenido algunas partes más en mis sueños. Y por si no se ha dado cuenta, mi preocupación aquí es el hecho de que uno nunca podrá dirigirse directamente a sí mismo con la mirada de la que es dueño. Todo lo que soy queda en dudosa procedencia si viene de algo externo, y entonces, soy eterna duda. Qué extraño compañero era mi vago reflejo.

Estuve varios minutos con la vista fija en lo que hay más allá de lo que he dicho, gracias en parte a este tipo de delirios. Todas las mañanas era igual, cualquier objeto me propinaba duras quejas sobre su situación. ¿Y qué debía hacer yo? ¿Acaso era mi culpa? Daba igual realmente de quién fuese para sentirse culpable. Y esa era la respuesta que colmaba todo. ¿Por qué todo parecía estar en desánimo? Y más aún, ¿por qué nada sabía volver a los momentos en donde fue feliz? ¿Acaso no tuvieron lugar nunca esos momentos?

¿Cuánto duraría el vapor, esa duda eterna del no saber y solo hacer supuestos, creada en parte por meter estímulos elevados e inestables a una realidad serena por imposición; por echar agua hirviendo a un corazón helado?

Una vez entrado en el bucle, no había mucho más que hacer, solo quedaba escuchar las recriminaciones sin solución que parecían salir en eco de cada pequeña cosa, y de esta manera, el tiempo me mataba por haberlo matado a él alguna vez que otra.

Pasé ese día como cualquier otro en verdad: Me levanté, desayuné, fui a la ducha; después, un largo borrón en mi historial, ese que la gente que me rodea llama vida tranquila; y caí en mis sábanas arremolinadas de nuevo. Y durante ese proceso en donde el cansancio se hace sueño, me entretenía escribiendo. Después de un día normal, acababa mi jornada con la misma pregunta: ¿Cuál es el fin de la calma?



## Anexo

«Bendita calma, madre mía,  
bendita muerte que manda,  
nos agita la mala ría,  
nos rompe la buena rama.

Maldita calma, padre mío,  
maldita vida que amarga;  
dolernos sin un gran llantío,  
placernos a poca gana.

Si esta vida opta manera  
más allá de la esperanza,  
duremos como el niño crío.

Mas si solo es una espera,  
mas si solo es más templanza,  
¿de qué sirve ser este río?»

